

imaginación. Fué la Torre la destartada buhardilla de la casa del poeta, sin mas decoración en sus paredes que algunas copias de Gustavo Doré, "arrancadas a alguna Biblia familiar", y más allá la inmediata perspectiva del mar... Allí se reunía nuestro primer cenáculo revolucionario, no como otros, para la preparación del bombo mutuo y las improvisadas consagraciones, sino para trabajar, para luchar, para debatirse denodadamente contra la imperturbable hostilidad de aduera.

No fué María Eugenia una contertuliana asidua de la Torre, pero su espíritu siempre estuvo allí, y por estarlo hizo sus primeras armas líricas, colaborando en "La Revista", que así se titulaba la publicación que era, por así decirlo, el órgano oficial del cenáculo. Desde sus primeros arreos exhibió la extraña potencialidad de su canto. Ella no conoció el tanteo inicial ni el tímido ensayo. Trajo su musa del fondo del misterio, una música profunda y exótica, y un temperamento extraordinario dominó, desde niña, a su instrumento personal.

Pero por mandato de su propio temperamento debía de ser breve su tránsito por los dominios estéticos de la Torre, y efectivamente, de ella no quedó, al poco tiempo, en su seno, sino su extraña inquietud y su solidaridad moral con la causa común. Fueron más impetuosos los vientos que agitaron su bandera de ensueño, más heroico su emblema, más profundo su símbolo. No hablan sido construídos su labios para la flauta de Samain, sino para la

proclama triunfal; no eran sus manos para pulsar la cítara de "Pauvre Lelian", sino para empuñar la fusta de las Amazonas.

Por esto yo he podido imaginarme a la poetisa de entonces tal como aquella hermana suya, Ada Negri, la gloriosa italiana, hasta en la propia representación gráfica de su juventud: las dos manos frágiles sosteniendo reciamente el mentón, como agobiado por el firmamento de su genio y la hoguera palpitante de sus ojos. Yo imagino gemelas la juventud de las dos, cuando recuerdo el emocionado relato que Ada Negri ha hecho de sus primeros años, predestinada para el martirio de la belleza; enferma de una "penosa dolencia anímica" que la hizo distinta de las muchachas de su edad; llenando de versos sus cuadernos de colegiala, al tiempo que el viejo maestro la observa y le predice la gravedad de su mal, al sorprender la palidez divina en que la sumía el inefable transporte de su inspiración.

Yo he constatado la similitud de ambos temperamentos, aunque no la concordancia de sus producciones. Porque es igual el ritmo del canto de las iniciadas, aunque siempre no lo sea su contenido humano. Ada Negri, en la visión de la miseria material de su adolescencia, forjó las estrofas de "Fatalité" y "Tempesta", clamando por la igualdad y la justicia universales, y esto no fué óbice, sin embargo, para que la "aristocrática pagana" acabara por transformarse en la musa doméstica de "Maternité" y "Orazioni", en "cuya voz se amal-